

aparece una comunicación del Ministerio de Hacienda, fechada en 19 de marzo de 1816, dirigida al que entonces sería protector de la fundación, el canónigo D. Ignacio Ribes, en que se dá noticia de que S. M. el rey D. Fernando VII había de nuevo concedido a la expresada casa la ración diaria de pan de munición para cada una de las albergadas, y así continuaría funcionando hasta el advenimiento definitivo del sistema constitucional, en que se modificaron las leyes de libertad individual y se procedió a reglamentar por el estado el servicio de higiene pública, en detrimento de la moral y de la salud del vecindario.

EMILIO MORERA

MUSEOS DIOCESANOS

DISCURSO EN LA INAUGURACIÓN DEL DE TARRAGONA POR EL
EXCMO. E ILMO. SR. ARZOBISPO DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

(CONTINUACIÓN)

En ciertos pueblos se juzga que les pertenece cuanto en la casa de Dios existe, y ven con malos ojos que la autoridad eclesiástica haga uso del derecho de propiedad; una prensa que vive del escándalo y nació para la calumnia, aunque sostenida por incendiarios de iglesias y saqueadores de conventos, anda en acecho de cualquier venta, por legítima y razonable que fuere, de productos rituales del arte de lo pasado, para armar alborotos callejeros, o cuando no, cuestiones literarias, acusando al Clero de ignorante, egoísta y poco patriota. Hasta el Parlamento suben tan necias murmuraciones; y yo he intervenido contra ellas, defendiendo a Prelados a quienes se acusaba, y muy infundadamente, de andar en tratos para vender al extranjero ornamentos y tapi-

ces en gran manera valiosos. Todo ayudó a que alguna vez, por no alarmar la opinión, se hayan enajenado secretamente las cosas con quebrantamiento de los cánones y perjuicio para la propiedad eclesiástica.

Sin embargo, que la Iglesia puede desprenderse de lo suyo, de los objetos de arte, así antiguo como moderno, que posee, es indiscutible; y a ello me refería al anunciaros que también bajo este concepto los Museos diocesanos son de alguna utilidad.

El vigente Código civil no le pone limitación ninguna. El derecho natural exige que no se le impida el ejercicio de sus facultades como propietaria. Otra cosa fuera respecto de los objetos donados, si los donantes hubiesen prohibido toda enajenación. El derecho de patronato que se tuviere sobre las iglesias, no es traba ni óbice para el ejercicio de los derechos de las mismas; pues patronato tanto significa como patrocinio, amparo, defensa, lo cual no se compagina con poner dificultades que les causan perjuicios y son un ataque a la libertad del propietario.

¿No sería irracional que no pueda haber culto por no poder vender lo que sirvió y ya no sirve para el culto? ¿Qué se derrumben los templos por no permitir sacar lo que adorna los templos? A la causa de necesidad o gran utilidad de la Iglesia para vender sus bienes artísticos, añaden otra las Decretales: la caridad, o sea la piedad para con el prójimo. Así, San Carlos, Arzobispo de Milán, en un libro digno del mayor aprecio de los arqueólogos sagrados (1), refiere que San Ambrosio, en una gran necesidad, con la venta de los vasos santos socorrió pobres y rescató cautivos.

Por lo mismo que sólo en casos extremos tal enajenación es lícita, precísase ver el modo de sacar de ella el mejor partido posible. Son como de un menor los bienes eclesiásticos, y los Curas, sus administradores, han de mirarlos con sumo interés, más que si fueran cosa propia, por las consecuencias de todos órdenes que de su descuido o imprevisión podrían sobrevenir. Cuantas precauciones se tomen no serán

(1) *Instructionum fabricae et suppellectilis ecclesiasticae*, libri 2.

sobradas, para de ello no ser acusados. Consultar con diversos corredores de antigüedades no es suficiente. Varios pertenecen a una misma agencia; todos ofrecen siempre mucho menos de lo que valen las mercancías; y cuando saben la valuación hecha por otros del mismo oficio, como buenos compañeros, pocos señalan tasación más subida.

Lo mejor es poner en el Museo lo destinado a la venta: oyendo a los peritos que lo visitan podrá conocerse su precio. Ciertó que de muchas de estas cosas cabe decir que tanto valen como se da por ellas. Pero eso es un motivo más para tenerlas al público, para que sean vistas de inteligentes y *amateurs*, a fin de que, conociéndolas los coleccionistas, las puedan adquirir directamente por mayor suma de la que entregan los intermediarios.

La abundancia de éstos, mayor cada día, sus frecuentes viajes a las feligresías más remotas, las molestas y enojosas visitas con que importunan a los Párrocos y la saña y verdadero encarnizamiento con que inquieren y persiguen las antigüedades, muestra son de que todavía tal clase de comisiones deja ganancias muy pingües. A mi propio, hace algunos años, para que no me opusiese a que cierta entidad eclesiástica vendiera los bienes que algunos de sus individuos deseaban, el solicitador me dejaba entender con cuánta generosidad correspondería a mis buenos oficios en facilitarle su comisión. ¿No prueba esto que el precio ofrecido, aunque grande, era relativamente a la valía muy pequeño?

Podrán también malvenderse las producciones del arte antiguo traídas a los Museos; los que las comprén, las revenderán tal vez con notable lucro; se disminuirá, acaso, el patrimonio artístico nacional con su emigración a extranjeras colecciones. Mas no será porque haya descuido en adoptarse las prevenciones del caso; y difícilmente repetiríanse las lesiones enormísimas que, con semejantes tratos y contratos, sufrió no en una ocasión sola la Iglesia.

(Continuará)